

# Nay y María: memoria, destierro e infortunio. Tres ideas de escritura en María, de Jorge Isaacs<sup>1</sup>

Alejandro Alzate Méndez  
Doctor en Literatura  
Universidad de Navarra  
<https://orcid.org/0000-0002-0832-0223>  
[aalzatem@gmail.com](mailto:aalzatem@gmail.com)

## Resumen

El presente artículo de reflexión tiene por objetivo examinar algunos de los vasos comunicantes que unen las historias de Nay y María. La conversión al catolicismo, el destierro, la muerte y el cumplimiento de las voluntades patriarcales, son las variables que permiten a Jorge Isaacs crear un mundo posible en el que se mezclan razas y se contempla al subalterno —africano— con obligaciones, pero también con derechos en Colombia durante el siglo XIX.

**Palabras clave:** Literatura colombiana; María; romanticismo; subalternidad.

## Nay and María: memory, exile and misfortune. Three writing ideas in María, by Jorge Isaacs

## Abstract

The objective of this article is to examine some relationships between the stories of Nay and María. The conversion to Catholicism, the exile, the death and the fulfillment of the patriarchal wills, are the variables that allow Jorge Isaacs to create a possible world in which races are mixed and the African subaltern is contemplated with obligations but also with rights within nineteenth century Colombia.

**Keywords:** Colombian literature; María; romanticism; subalternity.

---

<sup>1</sup> Procedencia del artículo: El presente artículo de reflexión hace parte de la tesis doctoral *Entre la secularización y el catolicismo: una aproximación histórico-literaria a las novelas María, de Jorge Isaacs, y Cumandá, de Juan León Mera. Un estudio de caso: 1810-1880.*



**Recibido:** 01 de febrero del 2022. **Aprobado:** 07 de marzo del 2022

Artículo de reflexión

<https://doi.org/10.25100/poligramas.v0i55.12260>

### **¿Cómo citar este artículo en MLA? - *How to quote this article in MLA?***

Alzate Méndez, Alejandro. "Nay y María: memoria, destierro e infortunio. Tres ideas de escritura en María, de Jorge Isaacs" *Poligramas* 55 (2022): e.2112260 Web. Fecha de acceso (día, mes en mayúscula y abreviado, y año).

## **I. Nay: de los márgenes al centro de la hacienda esclavista**

Quizá sea el tratamiento literario del destierro y el desarraigo lo que mejor de cuenta de la postura de Jorge Isaacs, en *María* (1867), frente a la manumisión de los esclavos en Colombia. Desde esa perspectiva, la historia de la expatriación de Nay, esta es nuestra hipótesis, no es menos significativa que la de la joven María. Tampoco deviene en correlato ornamental o exótico. De hecho, es más importante, pues consolida la trama política e histórica de la novela. ¿Por qué? Porque es el abrupto exilio africano de Nay – llamada Feliciano, una vez domiciliada en el Valle del Cauca– el que permite a Isaacs consolidar su escritura de trasfondo liberal<sup>2</sup> y abolicionista. Es justamente el periplo que padece la princesa africana lo que le permite al colombiano llevar a cabo dos cosas: observar panorámicamente el flagelo de la trata esclavista para llamar la atención sobre él, y mantener el paralelismo que conforma la estructura dual de la narración, tema sobre el cual estudiosos como Seymour Menton (2007) han desarrollado sólidos trabajos.

La travesía de Nay permite a Isaacs dar cuenta de las lógicas de la brutalidad tan sospechosa y exclusivamente adjudicadas a las negritudes, pero que también son llevadas a cabo con crueldad por los amos blancos, tal como se aprecia a continuación:

---

<sup>2</sup> Respecto a este tema, el investigador Darío Heno Restrepo conceptúa que "resulta inevitable no ver en el drama íntimo de los personajes una estrecha relación con el contexto histórico, pues muchos de sus valores (la ideología dominante de aldea y campanario de luengo cuño hispánico) son los que en últimas impiden la felicidad de María y en medio de los cuales rumia sus desgracias la esclava Feliciano. Si algo querían subvertir los liberales radicales, a los cuales acompañó Isaacs en las contiendas bélicas, fueron esos valores y el sistema esclavista. Las luchas políticas y militares de Isaacs son la mejor muestra de los esfuerzos de muchos sectores sociales por modificar en todos los campos —económico, político, educacional, científico, filosófico, cultural y artístico— las estructuras mercantil-feudales que pretendían eternizar la iglesia católica, los grandes terratenientes y la inmensa masa campesina que sometieron para sus propósitos" (14).

Los gritos de desesperación que dio al convencerse de la realidad de su desgracia, fueron interrumpidos por las amenazas de un blanco de la tripulación, y como ella le dirigiese palabras amenazantes que por sus ademanes tal vez comprendió, alzó sobre Nay el látigo que empuñaba, y... volvió a hacerla insensible a su desventura. (Isaacs 262)

Hechos como este desvirtúan una vez más el exotismo que se ha intentado ponderar en relación con la presencia de la africanía en *María*. El referido maltrato y el drama del destierro robustecen la conciencia nacionalista<sup>3</sup> del autor ante prácticas coloniales o de los primeros años de la vida republicana, cuando aún subsistía la esclavitud en Colombia. Si Isaacs hubiera advertido el África como un territorio para el asombro mítico muy seguramente se hubieran roto las correspondencias entre los contextos señorial y subalterno<sup>4</sup>, es decir, la valoración problemática del destierro, el respeto al patriarcado y la calidad moral de las mujeres, etc. En ese orden de ideas, Nay posibilita la mirada amplia de Isaacs con respecto a la presencia de las negritudes dentro y fuera del país; dentro y fuera del espacio doméstico de *María*. Es la princesa africana la que instala de lleno las lógicas de la valoración positiva del Otro y la compleja interrelación entre la principalía y los subalternos.

Si bien el proceso de reconocimiento a lo diverso es encabezado por el padre de Efraín tras comprar a Nay al irlandés Sardick, lo cual significa la aceptación patriarcal del otro. Algo muy interesante acontece cuando el mismo reconocimiento se lleva a cabo por parte de la madre del protagonista: se completa, entonces, un círculo contemplativo en el que hombres y mujeres derriban, paulatinamente, los atavismos del pasado colonial y la violencia como método de corrección de malas conductas. Cuando es la familia burguesa, en cabeza de sus jefes, la que participa en el proceso de valorar positivamente la presencia del que no es igual, se da una apertura al nuevo estatuto integracionista de la república. La familia de Efraín se reconoce a través del reconocimiento progresivo del

---

<sup>3</sup> Esta conciencia, como bien lo recupera José Eduardo Rueda Enciso en su artículo “*Esbozo biográfico de Jorge Isaacs*” (60-62), se fue nutriendo a lo largo de la vida del escritor. En su faceta como político; específicamente como secretario de la Cámara de Representantes, defendió la educación laica y gratuita. En esa misma línea, y una vez radicado en Chile, donde ejerció como cónsul en 1870, se interesó por el legado pedagógico de Andrés Bello y, para reafirmar su interés por la instrucción de los pueblos, se interesó por las ideas que había formulado en la Argentina Domingo Faustino Sarmiento; especialmente en aquello que se relacionaba con la educación popular. También alimentaron la conciencia nacionalista de Isaacs las luchas por la igualdad social y la conformación de instancias jurídicas que protegieran a las minorías negras e indígenas en el territorio nacional.

<sup>4</sup> Por subalterno entendemos, siguiendo el pensamiento de Gayatri Chakravorty Spivak, a ese sujeto o conjunto de sujetos sobre el cual -o los cuales- opera una dominación no solo física sino de la conciencia, la voluntad y la libre elección. Véase al respecto el ya clásico texto *¿Puede hablar el subalterno?*

otro. Y esto, a su vez, la ubica en un plano distinto en relación con otros personajes como Carlos, quien no tiene protocolos ni miramientos con los subalternos y procura siempre estar alejado de ellos, como se aprecia a continuación. "Pero Carlos juraba al salir de un bejucal al que se había metido sin saber cómo ni cuándo, que el bruto de su negro había dejado ir la pieza río abajo" (Isaacs 149). También los espacios de ocio marcan distancias insalvables. "Me crees que no va a bañarse al río cuando el sol está fuerte por no ponerse moreno" (Isaacs 88).

De acuerdo con Gadamer en *Verdad y método* (1960), "mucho antes de que nosotros nos comprendamos a nosotros mismos en la reflexión, nos estamos comprendiendo ya de una manera autoevidente en la familia, la sociedad y el estado en que vivimos" (40). Este concepto es de suma valía, si se observa desde la siguiente perspectiva: a partir del gradual reconocimiento del subalterno se articulan la literatura y la historia en Colombia durante el siglo XIX. La novela pasa a ser portadora del pensamiento secular y, a su vez, la familia pasa a ser ejecutora, en casos singulares como el de *María*, de ciertos e incipientes procesos de modernización y liberalización institucional y social.

La novela, en tanto género, llega al ámbito doméstico para sugerir relecturas de ciertos patrones propios del pasado pre independentista. En el momento en que la familia es observada por la literatura se habilita su participación activa en procesos sociales, económicos, políticos y morales. Ahora bien, el binomio familia/narración, que se articula con el carácter nacionalista de la novela, no niega que "de antemano se reduce al otro en la escala de valores y se pretende luego asimilarlo al intentar hacerlo a imagen y semejanza del europeo, asimilación que implica someterlo a su servicio" (Theodosiadis 43).

Si como se infiere, a partir de la cita, los subalternos rinden cuentas, cuotas de producción y sirven a la burguesía agraria que se campea por las páginas de *María*, hay que señalar que la novela, a través de su romanticismo político, da inicio a un proceso hasta entonces poco completo de valoración del negro como sujeto con saberes y derechos en Colombia. Los esclavos siguen siendo cautivos, sí, pero son vistos con una simpatía práctica que los desbrutaliza y los instala lentamente en el centro de la casa hacienda; lugar que se erige como metáfora del Estado dadas sus características de gobierno, autosostenibilidad y epicentro de interacciones sociales, económicas y culturales.

## II. La familia frente a la construcción de un nuevo espacio sociopolítico

Antes de ocuparnos de lleno del dualismo Nay/María, que es lo que convoca la reflexión en este punto, vale la pena evaluar cómo el padre y la madre de Efraín –la familia– son partícipes de pequeños pero significativos cambios en relación con la presencia del subalterno que, como se verá, no siempre corresponde al buen trato que se le brinda. Temprano, en el capítulo XXXIII, el padre del joven protagonista realiza la siguiente acción:

Es verdad, observó oyéndome ya con alguna calma, se hará así. ¡Pero quién lo hubiera temido! Yo moriré sin haber aprendido a desconfiar de los hombres. Y decía la verdad: ya muchas veces en su vida comercial había recibido iguales lecciones. Una noche, estando él en la ciudad sin la familia, se presentó en su cuarto un dependiente a quien había mandado a los Chocoes a cambiar una considerable cantidad de efectos por oro, que urgía enviar a los acreedores extranjeros. El agente le dijo: vengo a que me dé usted con qué pagar el flete de una mula, y un balazo: he jugado y perdido todo cuanto usted me entregó. ¿Todo, todo se ha perdido?, preguntóle mi padre. Sí, señor. Tome usted de esa gaveta el dinero que necesita. Y llamando a uno de sus pajes añadió: El señor acaba de llegar: avisa adentro para que se le sirva. (189)

La explicación a tal comportamiento puede hallarse tras el interés de Isaacs por promover, valiéndose incluso de una innegable ingenuidad, el recorte de distancias entre amos y siervos. Si bien la escena en mención puede resultar forzada y poco creíble, encaja a la perfección dentro de la conciencia integracionista del autor. En la medida en que el patriarca se muestra benévolo con quien ha violado flagrantemente los códigos de conducta, se instalan lógicas de piedad y bondad antes y durante la Colonia, solo llevadas a cabo por religiosos y misioneros. Cabe resaltar que este no es el único comportamiento benévolo del padre de Efraín hacia un subalterno. En el capítulo XLV, una vez fallecida Feliciano, acontece lo siguiente en relación con su hijo, Juan Ángel:

Pasados unos días, empezó a calmarse el pesar que la muerte de Feliciano había causado en los ánimos de mi madre, Emma y María, sin que por eso dejase de ser ella el tema frecuente de nuestras conversaciones. Todos procurábamos aliviar a Juan Ángel con nuestros cuidados y afectos, siendo esto lo mejor que podíamos hacer por su madre. Mi padre le hizo saber que era completamente libre, aunque la ley lo

pusiese bajo su cuidado por algunos años, y que en adelante debía considerarse solamente como un criado de nuestra casa. (281)

La diferencia establecida entre criados y esclavos supone, aún más para el tiempo en que presuntamente transcurre la narración alrededor de 1820 –según críticos como Gustavo Álvarez Gardeazábal (2010)–, un claro carácter liberal. La novela, en consecuencia, se vincula con la república abolicionista.

La interpretación semiótica del texto conduce a una significación evidente: hacer de lo contado una historia que conmueve, sí, pero también, y, sobre todo, un documento con visos realistas y asiento en el universo de la literatura comprometida en Hispanoamérica, aunque críticos como Doris Sommer (438) conceptúen que en tanto ficción fundacional la novela no inquiera respuesta a los conflictos que entorpecían el desarrollo colombiano.

Lo problemático de lecturas como esta radica en situar a la heterogeneidad de lectores de cara a una interpretación miope y desacertada. Sobre todo, al señalar de la obra que “su abrumadora acogida y su consagración canónica son sorprendentes, casi perversas, ya que la novela dista mucho de la literatura comprometida de la época hecha en Colombia y en el resto de América Latina” (Sommer 439). No creemos ni que su consagración sea sorprendente, lo cual niega su calidad estética y pondera una equivocada suerte de rareza editorial, ni que diste mucho de la literatura comprometida hecha en la región.

Cierto es que Isaacs no incluye ni narra en las páginas de *María* guerras civiles o luchas fratricidas en Colombia, como sí sucede en otras novelas contemporáneas, como *Amalia*, en las cuales la anécdota incluyó enfrentamientos bélicos y políticos. A duras penas, hacia el final del relato, se alude sin profundizar a algún evento de esta naturaleza. No obstante, esta condición no niega de ninguna manera un compromiso ideológico en relación con la modificación del panorama civil en el país. ¿Qué se entiende por compromiso? ¿Acaso la literatura de denuncia es el único sinónimo? ¿Cómo negar que la búsqueda de garantías civiles y jurídicas para grupos étnicos subyugados desde la Colonia es una muestra de compromiso? ¿Cómo y por qué se escinde el carácter radical de Isaacs del espíritu radical intrínseco a *María*?

En torno a la afirmación de Sommer de que la novela no da respuestas<sup>5</sup> a los problemas o conflictos de su tiempo, vale la pena señalar lo siguiente: ocuparse del tema afro en Colombia, en 1820, constituye una clara manifestación no solo de compromiso, sino de interés por establecer diálogos con lo político, lo jurídico y lo espiritual en tanto elementos constitutivos de la nueva república. *María* podrá no dar respuestas concretas, es una novela, no una constitución política, pero sí abre el camino de inquietudes para ir a buscarlas en el escenario legislativo correspondiente.

Volviendo a las consideraciones y bondades del padre de Efraín, es preciso decir que se articulan tanto con la convicción integracionista y proteccionista del propio Isaacs, como con las lecturas que Efraín, en tanto personaje, hizo sobre la esclavitud y la vida de las sociedades democráticas. A través de la consulta de ciertos textos: *Democracia en América*, de Tocqueville, y *Conquista de México*, de Donoso Cortés, ambos evidenciados tendenciosamente por Carlos, durante una inspección a su biblioteca personal, se demuestra una vez más el diálogo entre autor y personaje en relación con la bibliografía de la época, que instaba a repensar la presencia y la función simbólica del negro y el indígena.

A la revisión de los textos en mención hay que articular un factor más que se integra positivamente a la reivindicación del esclavo: la religión<sup>6</sup>. Este elemento, así parezca contradictorio, es de gran relevancia incluso en medio de la inminente reorganización liberal<sup>7</sup> nacional:

El propio Cantú, a quien cita Isaacs como una de sus fuentes principales de información, dice en su *Historia Universal*, en el capítulo XVII, sobre los negros y berberiscos: en las colonias españolas la esclavitud había pesado siempre menos,

---

<sup>5</sup> En relación con la búsqueda de respuestas a las problemáticas sociales, Julio Cortázar plantea lo siguiente: "Siempre he pensado que la literatura no nació para dar respuestas, tarea que constituye la finalidad específica de la ciencia y la filosofía, sino más bien para hacer preguntas, para inquietar, para abrir la inteligencia y la sensibilidad a nuevas perspectivas de lo real" (284).

<sup>6</sup> De acuerdo con Fernando Cruz Kronfly, "lo sagrado tiene al menos tres dimensiones. Lo sagrado pre-teológico, propio de las sociedades animistas ancestrales, en que los dioses aún no eran claros. El otro mundo estaba habitado de espíritus pero aún no de dioses. En segundo lugar, lo sagrado teológico. Y, en tercer lugar, lo sagrado laico, conformado por todo aquello que el mundo moderno instituyó como intocable, digno de respeto" (166). Desde esta perspectiva, es preciso hacer énfasis en que *María* sacraliza lo laico dada la transposición de lo litúrgico a lo civil-nacional; instancia donde el derecho a la libertad, por ejemplo, se instituyó como el máspreciado junto al derecho a la vida. Resulta de suma importancia dentro del contexto histórico de la novela el hecho de que "esta sacralidad laica goce de la misma esencia de las otras sacralidades antes mencionadas, aunque funciona socialmente de manera diferente" (166).

<sup>7</sup> También hacían parte de la biblioteca apócrifa de Efraín los siguientes textos: *La Biblia, Cristo ante el siglo y la Defensa del Cristianismo*. Véanse al respecto los pies de página 7,8,9,10 y 11 de *María*, capítulo XXII, edición de Mario Carvajal. Universidad del Valle. 1967.

merced a la eficacia del clero para suavizar el carácter de los amos y enmendar el de los siervos. Recobrada la independencia, los suramericanos proveyeron de mil maneras a la abolición de esta peste, procurando entretanto hacerla menos penosa. (Carvajal 280)

Si bien durante muchos años la crítica conservadora (Velasco Madriñán 85; Álvarez Gardeazábal 56; Carvajal 253) quiso leer, en estas articulaciones político religiosas, gestos que reafirmaban el ilusorio y romántico concepto de sociedad ideal, es preciso decir que no hay tal<sup>8</sup>. No hay idealismos sino diálogo y préstamo de elementos coyunturales propios del contexto social en el que Isaacs escribió la novela.

Otro aspecto decisivo que debe sumarse a los miramientos del padre de Efraín y la mediación religiosa para el buen trato a los esclavos, es la actitud de la madre del joven protagonista hacia Nay/Feliciana en particular, a quien demostró, desde el principio, una estima protectora: "a los tres meses, Feliciana, hermosa otra vez y conforme en su infortunio cuanto era posible, vivía con nosotros amada de mi madre, quien la distinguió siempre con especial afecto y consideración" (Isaacs 273). Este trato afable se reitera cuando Nay, ya mayor y fatigada, es reasignada a una función casi simbólica en la que podía prescindirse de fuerza física. "En los últimos tiempos, por su enfermedad, y más, por ser aparente para ello, cuidaba en Santa R. del huerto y la lechería; pero el principal objeto de su permanencia allí, era recibirnos a mi padre y a mí cuando bajábamos de la sierra" (Isaacs 273). Como se aprecia, padre y madre, miembros de la principalía vallecaucana del siglo XIX, se erigen como agentes concretos de cambio, como portadores de una conciencia que ampliaba la estrechez mental de la burguesía ante una realidad étnica y demográfica innegable y de vieja data en Colombia: la presencia afroamericana desde el siglo XVIII. Según Nina S. de Friedemann:

La gran mayoría de estos negros entró al país en el siglo XVIII, exactamente a partir de 1700, año en el cual la minería de oro tomó un inusitado auge en el Chocó y en otros lugares de la Costa Pacífica. Ya por esta época la caudalosa corriente de esclavos bantúes que llegó masivamente (sobre todo a la Costa Atlántica) en el periodo de 1580 a 1640 (unión de las dos coronas) había disminuido mucho siendo reemplazada, desde la segunda mitad del siglo XVII, por negros ararás (ewe-fon) y minas (akán) los cuales siguieron predominando en el siglo XVIII cuando comparten

---

<sup>8</sup> En relación con esta postura crítica, puede consultarse la edición crítica que de *María* realizó Donald McGrady.

su primacía con los carabalíes (efik e igbo) superando en su conjunto a los bantúes, pero sin hacerles perder a éstos su impronta cultural. (12)

Lo planteado por Friedemann nos permite explicar mejor el diálogo que vincula a Nay y María. Decimos esto teniendo en cuenta que Isaacs era consciente, en su faceta de etnógrafo, de que la unión entre la niña y el aya sellaba positivamente —esto es lo novedoso— un encuentro sin prejuicios entre sectores sociales antagónicos que portaban tradiciones diversas. María, quien escuchó en tantas ocasiones el trágico relato de Nay, acepta siempre lo contado y le confiere un valor ontológico que define el perfil de la exprincesa como sujeto histórico. Lo mismo sucede con Efraín. Además, si se piensa en la faceta de negociante de Isaacs, el encuentro entre ambas resume el pensamiento en torno a la sinergia que debía darse en el Valle del Cauca para que fuera tierra de promisión. Si bien los afroamericanos fueron dinamizadores de la economía en un sentido físico: mano de obra animosa y enérgica, los potentados judíos completaban la ecuación comercial. Así, los unos ponían la fuerza y los otros el capital.

### **III. Nay y María: sentido e implicaciones de una relación emblemática**

En la singular relación de Nay y María, la fuerza de la primera se vierte en la crianza de la segunda. Recuérdese que Nay declara al padre de Efraín que se consagrará a amar y servir con esmero a la niña. María, a su vez, restituye a Nay la oportunidad de mantener vivas las atenciones y cuidados que, con múltiples variaciones, prodigaba a Sinar. María mantiene vivo el sentido protector de Nay y, como sugiere Tejeda, hace de esta un personaje que reivindica "la maternidad de la escucha" (52). A través de la unión entre ambas, Isaacs da cuenta del encuentro de mundos culturales y espirituales. La llegada a El Paraíso deviene en acontecimiento que dinamiza y descentra la acción narrativa que va del Valle del Cauca a Bogotá; luego del Valle a Londres y pasa, antes de cerrar la figura itinerante de la ficción definitivamente en el Valle, por África con un claro propósito panorámico e impugnatorio.

Con el encuentro entre la niña y el aya negra, *María* se convierte en una novela viva. Los múltiples desplazamientos y conflictos que acontecen hacen posible observar "caracteres realistas, románticos y simbólicos" (Moreno Durán 57). Lo enriquecedor de esta fusión de elementos se traduce, tanto en el establecimiento de una conciencia histórica, como en la valoración positiva de las interrelaciones que configuraron el

carácter multiétnico de la patria. Según el investigador Fabio Martínez, en las novelas "el viaje sirve como una manera de contribuir a la creación del país y el continente a través de la memoria" (12).

Si la novela no solo se limita a nombrar un territorio, sino que lo dota de sentido, códigos y representaciones desde lo textual, resulta apenas justo pensar que Isaacs construyó, a través del encuentro entre Nay y María, un escenario nacional abierto a la multietnicidad sin menoscabar las tensiones que de ello se derivaban. La preclara defensa de la diversidad racial y los sólidos anhelos de libertad constituyen el verdadero romanticismo que no pasa por las lágrimas. En lo político y lo demográfico se cuece la mirada otra, histórica y reivindicativa. No en el llanto que, como sentenció Alfonso Reyes (75), cundía por América engrosando el listado de una literatura edulcorante y efectista.

Véase a continuación lo que sucede con María y su posterior arribo al Valle del Cauca. La joven judía, cuyo nombre antes de llegar a El Paraíso correspondía al de Ester, aparece en la trama con una situación económica cómoda que la instala en el concierto de la burguesía vallecaucana. Salomón, su padre, al igual que el anónimo padre de Efraín, también gozó de éxito y fortuna antes de conocer los sinsabores de la quiebra. A raíz de esto, el arribo de la adolescente a la casa hacienda no representó un detrimento de su posición social. María nunca dejó de ser una niña/joven vinculada a la alta sociedad de su tiempo y en ningún momento dejó, tampoco, de recibir el trato correspondiente a las mujeres de su clase. Menos aún acusó la falta de instrucción, doméstica y académica, propia de las mujeres de la élite durante el siglo XIX en Colombia. Véase, para ilustrar esto último, el siguiente fragmento.

Mi madre manifestó deseos de que yo diera a las muchachas algunas lecciones de gramática y geografía, materias en las que no tenían sino muy escasas nociones. Convínose en que daríamos principio a las lecciones pasados seis u ocho días, durante los cuales podría yo graduar el estado de los conocimientos de cada una. (Isaacs 18)

Si bien el advenimiento a la hacienda patriarcal es muy distinto para ambas: Nay llega como resultado de la pervivencia del sistema económico esclavista, y María lo hace por complicaciones familiares acontecidas en Jamaica. Cabe precisar que es en torno a la presencia de la primera desde donde se realiza una contextualización geográfica amplia que supera, incluso en sus pormenores, la recalada de María al Valle. Si como se

ha venido mencionando es Nay quien permite elaborar la trama histórica de la novela, es apenas comprensible que el escritor haya hecho hincapié sobre la forma en que llegó.

Isaacs le da contexto histórico a la llegada de Nay como esclava por el Atrato, ruta que no fue precisamente la normal sino la del contrabando. El trayecto fue recorrido por su padre y era la ruta del comercio entre el Pacífico y el Caribe. (Henaó 177)

A propósito de esto señala Rogelio Velásquez:

Hasta 1851, Portobelo, en la puerta de Panamá, con tenientes; oficiales y cajas reales, destacamentos y castillos; Turbo, Cartagena, Riohacha y Santa Marta, fueron los puertos habilitados para el negocio esclavista. Los parias que se destinaban al Cauca para el laboreo de las minas y menesteres de siembras, subían al Atrato en bongos o champanes, para después de cuatro meses de navegación, arribar a Citará. Ascendido el Quito y bordeado el cantón noviteño, bajaban el San Juan para internarse en el Dagua y caer a la provincia de Popayán. En este viaje de uno a otro mar, por ríos o caminos montuosos y quebrados, al lado de carnes de Guayaquil, vinos de Chile, bayeta y cordobán de Santa Elena, iban los siervos al lado de sus amos. Cuando los desfiladeros lo requerían y las veredas lo mandaban, los señores, delicados y bien nacidos, trepaban sobre los africanos. Era la toma de posesión del alma de los humildes para probarles la obediencia. (91)

La enunciación de esta ruta, que se erige como una cartografía de la trata esclavista y la pone en evidencia, no niega la función dramática que tiene el arribo de María al Valle. Es a través de su advenimiento desde donde se diseña el motivo sentimental de la novela. Asimismo, la vida de la joven en la hacienda es la que hace posible construir el arquetipo de la mujer-serafín o ángel del hogar, muy típico en la novelística decimonónica hispanoamericana. Resulta evidente, también, que el encuentro con Nay reivindica un elemento práctico de cara al espíritu integracionista del texto: si el padre de Efraín, la madre de este y el mismo Efraín habían acogido y tenido ciertos cuidados y cariños para con las negritudes, cuando María lo hace también es que se cierra, en su totalidad, una postura de familia en relación con la apertura de espacios simbólicos de inclusión y reconocimiento del negro en Colombia.

Nay, "en cuyos brazos se durmió tantas veces María siendo niña" (Isaacs 241), encuentra en esta el eslabón con el cual se cierra una sumatoria de contemplaciones que humanizan y compensan un poco su tragedia en Colombia. María, puede decirse, condensa el conjunto de esfuerzos y voluntades que se articularon para superar los prejuicios de la superioridad racial. Antes de concluir, es importante llamar la atención sobre dos elementos más que refuerzan la correspondencia situacional entre el aya africana y la joven judía: la catequización y la muerte.

#### **IV. La religiosidad como elemento integrador**

En torno a la primera categoría (la catequización) hay que anotar que ambas son convertidas al cristianismo imperante. A través de este suceso, *María* da cuenta de la homogeneización doctrinal del país que cobija por igual a raizales y foráneos. Esto, cabe precisar, no empaña el carácter liberal ni reivindicativo del texto; pues como ya se ha mencionado, la secularización, que en efecto se gestaba en Colombia y el resto de Hispanoamérica en el siglo XIX, no proscribía la religión, sino que la reubica dentro de una nueva realidad nacional en la que coexisten simultáneamente manifestaciones económicas, culturales, políticas y espirituales que superan el poder coercitivo de la Iglesia. De tal suerte, una vez la religión pierde su aura mística y su pretensión totalizante para definir unívocamente el mundo, surgen articulaciones, como en efecto sucede en *María*, en las que la triple unión entre raza, credo y política constituye la mejor forma para perfilar un modelo de nación capaz de sumarse al proyecto de la modernidad.

La conversión de Nay es particular pues no acontece directamente en Colombia. Acontece en África en razón de la presencia de un religioso francés que, por accidente y ante la necesidad de enterrar a su compañero sacerdote, llega al país de los Kombu-Manez, al que habían llegado también Nay, Sinar, Magmahú y su séquito de sirvientes para escapar de las luchas intestinas. Isaacs, fiel a la continuidad del modelo patriarcal, dispone que primero sea Sinar quien abrace la fe católica para después convertir a Nay a través de la experiencia del amor. Véase, primero, cómo se teje la relación Sinar-misionero:

Los pescadores refirieron a Sinar cómo habían encontrado a los dos blancos bajo una barrera de hojas de palmera, dos leguas arriba del Gambia, expirante el joven y ungiéndole el anciano al pronunciar oraciones en una lengua extraña. El viejo sacerdote permaneció por algún rato abstraído de cuanto le rodeaba. Luego que se

puso en pie, Sinar, llevando de la mano a Nay, asustada ante aquel extranjero de tan raro traje y figura, le preguntó de dónde venía, qué objeto tenía su viaje y de qué país era; y quedó sorprendido al oírle responder, aunque con alguna dificultad, en la lengua de los Achimis: yo vengo de tu país: veo pintada en tu pecho la serpiente roja de los Achimis nobles, y hablas su idioma. Mi misión es de paz y amor: nací en Francia. ¿Las leyes de este país no permiten dar sepultura al cadáver del extranjero? Tus compatriotas lloraron sobre los de otros dos de mis hermanos, pusieron cruces sobre sus tumbas, y muchos las llevan de oro pendientes del cuello. ¿Me dejarás, pues, enterrarte al extranjero? Sinar le respondió: parece que dices la verdad, y no debes ser malo como los blancos, aunque se te parezcan; pero hay quien mande más que yo entre los Kombu-Manez. Ven con nosotros: te presentaré a su jefe y, llevaremos el cadáver de tu amigo para saber si permite que lo entierres en sus dominios. Mientras andaban el corto trecho que los separaba de la ciudad, Sinar hablaba con el misionero, y esforzábale Nay por entender lo que decían; seguíanle los dos pescadores conduciendo en una manta el cadáver del joven sacerdote. Durante el diálogo, Sinar se convenció de que el extranjero era veraz, por el modo en que respondió a las preguntas que le hizo sobre el país de los Achimis: reinaba en éste un hermano suyo, y a Sinar lo creían muerto. Explicóle el misionero los medios de que se había valido para captarse el afecto de algunas tribus de los Achimis; afecto que tuvo por origen el acierto con que había curado algunos enfermos, y la circunstancia de haber sido uno de ellos la esclava favorita del rey. Los Achimis le habían dado una caravana y víveres para que se dirigiese a la costa con el único de sus compañeros que sobrevivía; pero sorprendidos en el viaje por una partida enemiga, unos de sus guardianes lo abandonaron y otros fueron muertos; contentándose los vencedores con dejar sin guías en el desierto a los sacerdotes, temerosos quizá de que los vencidos volvieran a la pelea. Muchos días viajaron sin otra guía que el sol y sin más alimento que las frutas que hallaban en los oasis, y así habían llegado a la ribera del Gambia, donde, devorado por la fiebre, acababa de expirar el joven cuando los pescadores los encontraron. (Isaacs 253)

Después de este contacto inicial, situado en el capítulo XL, se produce el afianzamiento que desemboca en una evangelización silenciosa<sup>9</sup>. Desde luego, y esto es importante señalarlo, no hay un interés por promover la conformación de un Estado confesional. Ahora, tampoco se presenta de manera velada el tema de la religión. Se le da

---

<sup>9</sup> A diferencia de *Cumandá*, novela del ecuatoriano Juan León Mera, *María* no hace apología ni del sacerdote ni del proceso de conversión en sí.

un lugar accesorio, aunque evidente dentro de la trama. El sustrato religioso es importante pero no deviene ni en marca de estilo ni en sello autoral. Tampoco en la materialización de una visión del mundo. Véase cómo Sinar se convierte al cristianismo a través del tiempo que comparte con el sacerdote:

Poco menos de dos semanas habían pasado desde la llegada del religioso francés al país de los Kombu-Manez. Sea porque solamente Sinar podía entenderle, o porque gustase éste del trato del europeo daban juntos diariamente largos paseos, de los cuales notó Nay que su amante regresaba preocupado y melancólico. Supúsose ella que las noticias que daba a Sinar de su país el extranjero, debían ser tristes; pero más tarde creyó acertar mejor con la causa de aquella melancolía, imaginando que los recuerdos de la patria, avivados por la relación del sacerdote, hacían desear nuevamente al hijo de Orsué el verse en su suelo natal. Mas como la amorosa ternura de Sinar para con ella aumentaba en vez de disminuirse, procuró aprovechar una ocasión oportuna para confiarle sus zozobras. [...] ¿Qué te ha dicho ese extranjero?, preguntóle Nay. [...] Sinar se mostraba dominado otra vez por tristes pensamientos. Despertando de súbito de esa especie de embebecimiento, toma de la mano a su amada, sube con ella a la cima de un peñasco, desde el cual se divisaba el desierto sin límites y rielando de trecho en trecho el caudaloso río, le dice: el Gambia, como el Tando nace del seno de las montañas. La madre no es nunca hechura de su hijo. ¿Sabes tú quién hizo las montañas? No. Un Dios las hizo. [...] ¿Sabes tú quién hizo el mar? Todo es obra de un solo Dios. El que no quiere que ame a otra mujer que a ti, Él manda que te ame como a mí mismo; Él quiere que yo ría si ríes, que lllore si lloras, y que en cambio de tus caricias te defienda como a mi propia vida; que si mueres lllore yo sobre tu tumba hasta que vaya a juntarme contigo más allá de las estrellas, donde me esperarás. Estrechándola él contra su corazón, besóle con ardor los labios y continuó. Eso me ha dicho el extranjero para que yo te lo enseñe: su Dios debe ser nuestro Dios. Sí, sí, replicó Nay circundándolo con los brazos, y después de Él, yo tu único amor. (Isaacs 255-258)

Una vez convertidos ambos al cristianismo llega la definitiva y trágica separación de los amantes. Nay y Sinar no volverán a verse nunca. Ahora bien, ella, en su periplo como mercancía, llega a manos del irlandés Sardick. No obstante, es la mujer de este, Gabriela, una mulata criolla, la que se entienda con Nay e incluso se aterra de saberla convertida: "Como después de señalarle el cielo le mostró un crucifijo, quedó asombrada al ver a Nay caer de rodillas ante él y orar sollozando cual si pidiese a Dios lo que los

hombres le negaban" (Isaacs 267). Cuando nace su hijo, Juan Ángel, reitera la veracidad de su conversión.

Dos meses después dio a luz a un niño, y se empeñó en que se le cristianizara inmediatamente. Así que acarició con el primer beso a su hijo, comprendió que Dios le enviaba con él un consuelo; orgullosa de ser madre del hijo de Sinar, volvieron a sus labios las sonrisas que parecían haber huido de ellos para siempre. (Isaacs 269)

En virtud de lo descrito, cuando Nay llega al país vallecaucano –donde vive la familia de Efraín– experimenta el gozo de saberse en contacto con la religión que había profesado su amado. Este hecho es, quizá, el único que no se afecta por el traslado de Nay al Valle. Por el contrario, le permite a la exprincesa experimentar un cierto arraigo simbólico a pesar de las infranqueables diferencias culturales, principalmente dialectales. Cosa distinta sucede con las diferencias geográficas. Estas le remarcan a Nay la nostalgia por la tierra africana que no volverá a ver jamás. "El canto de alguna ave americana que le recordaba a las de su país, o la vista de flores parecidas a las de los bosques del Gambia, avivaba su dolor y la hacía gemir" (Isaacs 268).

Al no ser convertida en Colombia, acción que legitimaría la aculturación como método para homogeneizar al extranjero en relación con el raizal, *María* pondera la presencia de una burguesía agraria desprovista de prácticas violentas para convertir a la plantación esclavista. Esto, desde luego inexacto a la luz de la indagación histórica y extraliteraria, puede leerse como el intento de Isaacs por equiparar las presencias de la principalía y los subalternos en un escenario no siempre propenso a la sanción o supresión de ciertas marcas de alteridad. Si bien se resalta el hecho de que Nay no es convertida de manera violenta en el Valle del Cauca, no negamos que tanto la existencia de capillas en las haciendas como el mismo oficio litúrgico –de obligatorio cumplimiento por parte de los esclavos– constituyen los engranajes mediante los cuales una tradición se impone sobre otra para proscribirla; lo que, desde todo punto de vista, es un claro detonador de violencia simbólica.

María, a su vez, abraza la misma fe que Nay adopta. Antes de llegar al Valle del Cauca también se adelanta el proceso de su conversión al cristianismo. Dicho acontecimiento surge durante la charla que sostiene el padre de Efraín con Salomón, su primo, y padre de María. Ya convertido el progenitor de Efraín, judío también, propone a

este último que sería bueno educar a la niña en los valores cristianos. A esta tentativa replica el padre de la muchacha:

(...) si el cristianismo da en las desgracias supremas el alivio que tú me has dado, tal vez yo haría desdichada a mi hija dejándola judía. No lo digas a nuestros parientes; pero cuando llegues a la primera costa donde se halle un sacerdote católico, hazla bautizar y que le cambien el nombre de Ester en el de María. Esto decía el infeliz derramando muchas lágrimas. (Isaacs 29)

Esta decisión patriarcal repercute a lo largo de toda la novela en la estructuración del carácter de María: sacrificado y proclive a las afectaciones que suponen el dolor y la pérdida. La joven, al igual que Nay, experimentó la desgracia desde los primeros años de su vida. Ahora bien, hay que destacar que en el momento en que se le presenta como niña, y a diferencia de la princesa africana, no tenía noción del dolor:

Al entrar yo una tarde en el cuarto de mi padre, lo oí sollozar: tenía los brazos cruzados sobre la mesa y en ellos apoyaba la frente; cerca de él mi madre lloraba, y en sus rodillas reclinaba María la cabeza, sin comprender ese dolor y casi indiferente a los lamentos de su tío: era que una carta de Kingston, recibida aquel día, daba la nueva de la muerte de Salomón. (Isaacs 30)

La concitada e inocente pasividad de la joven cambia drásticamente una vez pasa a la adolescencia y la imposibilidad le impide amar a Efraín. Para concluir por ahora, solo añadiremos lo siguiente: ambas, María y la exprincesa africana, dialogan a través del cristianismo. Este representó para cada una el consuelo ante situaciones que no pudieron cambiar en tanto sujetos con historias complejas dentro de lo presentado en la ficción. Nay no pudo impedir su separación de Sinar y María no pudo imponerse a las decisiones que le impidieron su amor con Efraín. En ese orden de ideas, la resignación es lo único que les quedó para sobrellevar la congoja y fortalecerse en medio de la patriarcal cotidianidad de la vida de hacienda. Dentro de esta última, cabe recordar, uno de los más caros intereses del padre de Efraín pasaba por preservar la economía familiar, no por fomentar amores juveniles.

## V. De fatalidades y otros desenlaces trágicos

Finalmente, el último vaso comunicante entre María y el aya es la muerte. Ambas fallecen lejos no solo de sus patrias sino de los hombres que amaron. Efraín y Sinar se hallan ausentes a la hora del deceso de sus mujeres, con lo cual se agudiza el *pathos* trágico de la novela. No obstante, lo más importante desde la lectura del reconocimiento a una historia y a un conflicto en torno a la esclavitud, acontece con la muerte de Nay. Si bien con su desarraigo de África *María* plantea los padecimientos y dramas derivados del arbitrario destierro, con su muerte, fuera de su patria, se completa el periplo trágico del desposeído.

Desde nuestra lectura, Isaacs aprovecha esto para llamar la atención sobre la esclavitud en tanto práctica que niega la historia del cautivo. Este, enfatizamos, no es fiel a sí mismo pues adopta de modo forzado expresiones y ritos que no son suyos. A raíz de esto y de la subalternidad que subyace, tampoco es reflejo del hombre blanco. Cuando a través de la impugnación se elabora la metáfora del desposeído, Isaacs cuestiona no solo el modelo económico internacional sino la continuidad, en el nuevo mundo, de prácticas que alejaban a una Hispanoamérica golpeada por la guerra y el caos interino de las rutas de la civilización. La pervivencia de la esclavitud continuaba la barbarie que imperaba solo entre las naciones más rezagadas del siglo XIX.

Para Isaacs, en consecuencia, el desposeído constituyó una preocupación permanente puesto que no permitía la fundación armónica y espiritualmente engranada de una patria nueva. Quizá sea esta la razón por la que el escritor aprovechó para poetizar y rescatar/desagraviar la singularidad cultural del caído en desgracia a través del canto, en este caso funerario:

Terminado el rosario, una esclava entonó la primera estrofa de una de esas salves llenas de la dolorosa melancolía y los desgarradores lamentos de algún corazón esclavo que oró. La cuadrilla repetía en coro cada estrofa cantada, armonizándose las graves voces de los varones con las puras y dulces de las mujeres y de los niños. Estos son los versos que de aquel himno he conservado en la memoria:

En oscuro calabozo  
Cuya reja al sol ocultan  
Negros y altos murallones  
Que las prisiones circundan;  
En que sólo las cadenas  
Que arrastro, el silencio turban

De esta soledad eterna  
Donde ni el viento se escucha...  
Muero sin ver tus montañas,  
¡Oh patria!, donde mi cuna  
Se meció bajo los bosques  
Que no cubrirán mi tumba.  
(Isaacs 277)

Si se observa ahora la muerte de María, podrá comprobarse que están ausentes reconocimientos culturales, históricos o raciales. Sin embargo, subyace algo interesante de cara a la estructura de la mayoría de novelas del siglo XIX: la exaltación de su pureza intocada de pecado. Esta misma también es atribuible a Nay, como se evidencia en el siguiente fragmento:

Debía esta estar bella en su doloroso frenesí. El marino la contempló en silencio: plególe los labios una sonrisa extraña que la rubia y espesa barba que acariciaba no alcanzó a velar, pasóle por la frente una sombra roja, y sus ojos dejaron ver la mansedumbre de los del chacal cuando lo acaricia la hembra. Por fin, tomándole una mano y llevándola contra el pecho, le dio a entender que si prometía amarlo partirían juntos. Nay, altiva como una reina, se puso en pie, dio la espalda al irlandés y entró al aposento inmediato. Ahí la recibió Gabriela, quien después de indicarle temerosa que guardase silencio, le significó que había obrado bien y le prometió amarla mucho. (Isaacs 267)

En síntesis, puede decirse que a través de acciones como estas, *María* se suma al coro de obras que instituyeron, en el conjunto de la novela romántica, el arquetipo de mujer casta, a prueba de todo desvío o incorrección moral. Tan caro era para el escritor decimonónico este proyecto que Isaacs no vaciló en resaltar, también, la probidad moral de Nay. De la mujer burguesa a la subalterna se pondera una sola calidad espiritual que es la que funda simbólicamente la nueva república.

## Referencias

- Álvarez Gardeazábal, Gustavo. *La novela colombiana entre la verdad y la mentira*. Plaza & Janes, 2000. Impreso.
- Carvajal, Mario. *María*. Cali: Universidad del Valle, 1971. Impreso.
- Cortázar, Julio. *Clases de literatura*. Berkeley 1980. México D.F: Alfaguara, 2000. Impreso.
- Cruz Kronfly, Fernando. *El contexto cultural en dos novelas colombianas del siglo XIX*. Bogotá: Richmond, 2016.
- Friedemann, Nina. *La saga del negro: presencia africana en Colombia*. Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana, 1993. Impreso.
- Gadamer, Hans-Georg. *Verdad y Método*. Salamanca: Sígueme, 1993. Impreso.
- Henoa, Darío. *Memorias del Primer Simposio Internacional Jorge Isaacs: el creador en todas sus facetas*. Cali: Universidad del Valle, 2005.
- Isaacs, Jorge. *María*. Ed. Donald McGrady. Madrid: Cátedra, 1986. Impreso.
- Martínez, Fabio. *El viajero y la memoria: un ensayo sobre la literatura de viaje en Colombia*. Cali: Universidad del Valle, 2005. Impreso.
- Moreno Durán, Rafael Humberto. *Vaticinio desde el paraíso*. Tercer Mundo Editores. 1998.
- Sommer, Doris. (2004). *Ficciones Fundacionales*. Bogotá: Ediciones Fondo de Cultura Económica. Impreso.
- Reyes, Alfonso. *Cartas de Jorge Isaacs*. Obras completas, Vol. 4. México: Fondo de Cultura Económica, 1955. Impreso.
- Spivak, Gayatri. *Especulaciones dispersas sobre el subalterno y lo popular*. Universidad de Valencia, 2008. Impreso.
- Tejeda, Ethan. *María leída a la luz del incendio*. Cali: Universidad del Valle, 2010.
- Theodosiadis, Francisco. "Los primeros contactos y la invención de la alteridad". *Alteridad ¿La (des)construcción del otro?* Bogotá: Magisterio, 1996. Impreso.
- Velasco Madriñán, Luis Carlos. *Jorge Isaacs: el caballero de las lágrimas*. Cali. Imprenta Márquez, 1954. Impreso.
- Velásquez, Rogelio. "La esclavitud en la María de Jorge Isaacs". *Revista Universidad de Antioquia* XXXIII. (1957): 91-104.

